

LA BENDICIÓN.  
CUENTO DE UN VETERANO.

---



CUANDO tras larga y formidable lucha  
conquistamos por fin á Zaragoza,  
era sargento yo; cuando en las tristes  
veladas del otoño se amontonan  
—como alrededor del fuego que las quema  
volubles y pintadas mariposas—  
sobre mi corazón grandes recuerdos,  
mi espíritu cansado se remoza.  
¡Grandes recuerdos de mis grandes días,  
derramad vuestra luz en mi memoria!  
La llama alegre en el hogar chispëa,  
el vino seco dé la estrecha copa  
se desliza en mis labios temblorosos.....  
Hijos, llegad y oid; ¡Que Dios mē oiga!

Vencido el débil muro, nos quedaron  
entonces por vencer las casas todas;  
una por una las domó el asalto,  
mas, antes, sus balcones, como bocas

del irritado infierno, vomitaban  
 plomo asestado y vil, muerte traidora.  
 Cuando el terror los ánimos invade,  
 la audaz sospecha entre sus llamas sopla;  
 por eso tenue voz que se difunde  
 —como por el rastrojo llama pronta—  
 dice al oído alerta del soldado  
 que el golpe teme que al herir se emboza:  
 «¡ Deben de ser *los curas* los culpables!»  
 y al eco largo de la voz, la cólera  
 en cada noble corazón cual muda  
 y sanguinaria vibora se enrosca.  
 Aunque tenaz fatiga nos rindiera,  
 y aunque la mano desmayase floja,  
 secos los ojos, la garganta seca  
 de tanto respirar humo de pólvora,  
 siempre cuando á lo lejos se veían  
 cruzar entre las luces y las sombras  
 de la feroz contienda los contornos  
 de un sacerdote, sus talares ropas,  
 el súbito fulgor de algún disparo  
 iluminaba las espesas ondas  
 del aire, que, partiéndose, rugía  
 breve canción con descompuestas notas.

Mi batallón marchaba lentamente  
 una calleja atravesando angosta,  
 y vigilaba yo con el cuidado  
 y con la diligencia del que explora,

viendo por todas partes y en los ojos  
 concentrando el afán del alma toda.  
 Ya el espacio de pronto esclarecía  
 un vivo resplandor, ya voces roncadas  
 luchaban con el viento, ya sollozos  
 y maldiciones y blasfemias; ora  
 dulce rumor de llanto comprimido,  
 sordo rumor de injurias espantosas.  
 Ibamos entre muertos; los soldados,  
 inclinándose, todos, como dobla  
 campo de trigo sus doradas mieses  
 ante la brisa, en las casucas lóbregas  
 entraban, y al salir sus bayonetas  
 se estremecían, hasta el cubo rojas  
 de sangre, que al caer diseminaba  
 sobre las piedras sus calientes gotas.  
 Todo calla; ni música resuena,  
 ni grito zumba, ni tambor redobla.  
 Todos sospechan y su marcha siguen,  
 ya turbando al herido que incorpora  
 sus rotos miembros, ya por las ruinas  
 de fuerte muro, que en el cieno moja  
 el relieve gentil donde hace poco  
 la luna reflejó su luz hermosa,  
 colgó el rosal sus trémulos capullos  
 y la hiedra sus ramas trepadoras.

De pronto, y á la vuelta de una calle,  
 una voz conmovida y temblorosa

«¡Socorro!» dijo. «¡Por piedad!» Aun pienso  
 en tanto horror, y el alma se trastorna  
 cual si mis ojos á mirar volvieran  
 el tremendo rigor del que destroza,  
 la convulsión horrible del que lucha  
 y la ansiedad creciente del que implora.

En el átrio espacioso de un convento  
 que rica y fuerte columnata adorna,  
 y que delante de espaciosa plaza  
 eleva al cielo su negruzca bóveda,  
 algunos granaderos se defienden  
 contra la rabia descompuesta y loca  
 de treinta frailes, que con rudos golpes  
 y decidido empuje los acosan.  
 Demonios son. La cruz de lana blanca  
 sobre sus toscos hábitos, las torvas  
 miradas, los enormes crucifijos  
 con que golpēan y golpēan, forman  
 un extraño contraste, que los rayos  
 del sol ardiente, que en el cielo arroja  
 á olēadas su luz, con rojo y vivo  
 y palpitante resplandor colora.  
 Todos hicimos fuego. Densa nube  
 cubrió los aires, y al huir, sus formas  
 volubles y fugaces desgarrando,  
 ver nos dejó sobre las pardas losas  
 de la iglesia y del átrio, conmovidos  
 por la corriente lenta y silenciosa

de sangre, que flüía por las gradas,  
 tres montones de muertos.

En la sombra,  
 detrás de tanto horror, la iglesia abría  
 franco refugio al alma pecadora.  
 Los cirios arden como puntos de oro  
 que rasgan las tinieblas, y sus ondas  
 vierte el incienso, y tibias, perfumadas,  
 se extienden por las naves, que decoran  
 imágenes guardadas tras cancelos  
 ó en el fanal que irisa la medrosa  
 claridad que en las altas vidrieras  
 sus tibios rayos, impalpables, roza.  
 Delante del altar un sacerdote  
 su misa acaba. La rugiente cólera,  
 el horrible fragor no parecían  
 turbar su calma recogida y honda  
 ni su noble fervor. Este recuerdo  
 no deja descansar á mi memoria.  
 ¡El temblor de la lucha no acabada,  
 la sed que va secándonos la boca,  
 los grupos de cadáveres, la horrible  
 humareda tenaz que nos ahoga,  
 y allá, en el fondo, el santo sacerdote,  
 de nevados cabellos que, corona  
 dan á sus sienes, y nosotros mústios,  
 callados, sin movernos... ¡Ah! ¿quién osa  
 ni aún respirar, cuando la dulce mano

de la emoción los corazones toca?

Yo era entonces blasfemo impenitente.  
¡Verdad! Más de una vez cuando las tropas  
saquëaban los templos, en los cirios  
del altar encendía mi ostentosa  
pipa, que, rebosando, levantaba  
una azulada nube. ¡Qué persona  
era yo entonces! ¡Vengador! Impío!  
¡Oh! pero al ver la caridad piadosa  
de aquel fraile temblé; sentí deseos  
de llorar. ¡Ay del triste que no llora  
cuando le duele el corazón! Yo, entonces  
¡ay! no pude llorar; sufrí, me roba  
el sufrimiento hasta la voz; no pude.....  
¡Hijos míos, por mí llorad ahora!!

Un oficial gritó: «¡Fuego!»

Ninguno  
le oyó. Como quien todo lo perdona  
y nada teme, el fraile de improviso  
volvióse cara á cara. Que responda  
por lo que entonces padeci, la pena,  
la ansiedad y la angustia que aun me postran.

Era llegado el imponente instante;  
el de *la bendición*. Como paloma  
al entreabrir sus alas, con su mano  
que ni aun tembló, con pausa rigurosa,

hizo la cruz y nos bendijo á todos.....  
¡A todos, sí! Cuando las dulces notas  
de su acento clamaban: *Benédicat*  
*vos, omnipotens Deus*..... «¡Quién trastorna  
la disciplina? ¿quién?» dijo gritando,  
y como loco, el oficial. «Que rompa  
las filas. ¡Fuego!» repitió. Y entonces  
sonó un disparo. Con nobleza heroica,  
reprimiendo el impulso de coraje  
que desde el fondo de su pecho brota,  
ni aun se movió el anciano; su mirada  
fija permaneció; la tinta rosa  
de sus mejillas pálida tornóse  
y con serena voz, conmovedora,  
siguió: «*Pater et filius*.»

¿Qué locura  
sentimos? No lo sé. Sé que en las bóvedas  
otro disparo retumbó, que el fraile  
inclinó la cabeza, que la tropa  
retrocedió espantada... Vió sus manos  
hacia el altar volverse temblorosas,  
y las miró después mostrar á todos  
la augusta santidad de la custodia;  
y otra vez nos bendijo, y por lo bajo,  
con el acento triste del que llora,  
«*et Spiritus Sanctus*» dijo, y muerto,  
tembló, cayó, rodó sobre las losas!!  
Todos retrocedimos espantados,

y entonces, con acento de victoria,  
«*Amén*» dijo un tambor ¡y se rëia  
con unas carcajadas horrorosas !!

¡Hijos! ¡Ah, que el dolor parta la lengua  
del vil y audaz que de su Dios se mofa !



EL PADRE.